

MEDICO

El día estaba resultando agotador. Marcio se lavó la cara con fuerza , aún faltaba medio día de trabajo sin contar con las urgencias de último momento. Desde el gastado espejo, le sonrió un Marcio con flamante chaleco blanco y se sintió satisfecho al ver su nombre bordado con letras en rojo: BRUNO MARCIO, cardiólogo.

Realmente tenía cara de médico y en ese instante sintió que era lo único que le daba sentido a su vida. Salió y se dirigió como era su rutina a la sala de hombres, donde tenía varios pacientes. Sabía que era querido y algunos hablaban de él con adoración; eso le hacía bien, le daba fuerzas para enfrentar tanto dolor.

Cuando empujó las dos puertas de la sala, supo que su presencia despertaba expectativas y vio que algunos ojos comenzaban a recuperar brillo. ¡La bendita esperanza pensó! Las horas pasaron rápidas entre revisiones y conversaciones; pero el diálogo más importante de Marcio era con ese sonido tan especial: el latido del corazón humano.

Por suerte ningún caso era demasiado grave y al mirar el reloj vio que como todos los días ya hacía más de una hora que su horario estaba cumplido. Pero eso nunca le importaba.

El vestuario estaba solitario. Luego de tomar un baño refrescante, en el real sentido de la palabra, pues el agua caliente había desaparecido, se vistió con su uniforme de la calle, el de siempre: camisa y pantalón marrón. Apagó las luces y salió.

Bajó los dos pisos por la escalera pues sabía de la lentitud del viejo ascensor. Al llegar a la planta baja, casi chocó con la enfermera Rita que llevaba una camilla, le cedió el paso y

en ese momento vio que iba una persona totalmente tapada. Eso no era raro en un hospital pero Marcio sintió que una corriente helada le recorría la columna. Preguntó quién era.

¿Recuerda a la viejita del cuarto piso?. Sí, ésa que usted trató del corazón. Sí, hace dos horas.... Ya avisamos a la familia... y continuó su camino. El nada podía hacer. Se acordaba perfectamente de la viejita, había conversado mucho con ella...en los atardeceres.

Marcio miró fijamente el paño blanco que la tapaba mientras se iba alejando lentamente. Cerró los ojos y sintió por unos instantes el sonido desaparejo de las ruedas sin grasa.

Decidió no pensar más. El día había sido intenso y sus nervios de repente se habían alterado. Una profunda angustia le apretaba la boca del estómago y amenazaba extenderse.... y la cara de la viejita volvía una y otra vez a su mente, quejándose mansamente.

Como un autómatas camino hacia la puerta de salida y allí se quedó, parado, esperando. Vio que un taxi se detenía y bajaban dos mujeres. Eso era común en la puerta del hospital. Pero nuevamente se estremeció. Decidió observarlas. Se las veía nerviosas y llorosas. Marcio estaba atontado. Algo pasaba en su interior y nuevamente la cara de la dulce viejita de los atardeceres lo miraba con ternura.

Podía irse ahora. Pero volvió a entrar al hospital casi corriendo detrás de las dos mujeres. Se acercó y al verles los ojos supo que eran ellas.

La mayor de las dos comenzó a llorar mansamente mientras que la otra trataba de mantener una fortaleza inexistente. Marcio no hablaba. Nada salía de su boca, mientras el corazón latía y latía cada vez más rápido.

Con ternura las tomó del brazo y las condujo. Los pasos de los tres se perdieron en el desierto corredor. Las mujeres caminaban lentamente y Marcio sentía que llevaba un puñado de llanto y dolor en cada brazo.

Ellas no sabían cuál era la puerta, pero el sí, y su corazón se fue apretando cada vez más, a medida que se acercaban a la puerta. Con lentitud comenzó a abrirla. Entraron... El aspecto de todo era desolador y frío.

Allí estaba la viejita, tapada con la blanca sábana. Esperando sin prisa. Allí estaban las dos mujeres sin saber qué hacer ante la muerte, definitiva y brutal. Se acercaron lentamente, mientras lloraban ya sin contenerse. Marcio se apoyó contra la puerta. Nada podía hacer. Solo mirar y sentir...

La mayor de las dos levantó la sábana y apareció el rostro de los atardeceres... Él no quería mirarlo, pero una fuerza irresistible lo acercó a ella. Entonces la vio. La cara de la anciana, no era la misma, era mejor, llena de paz, hasta parecía sonreír.

Ellas dejaron de llorar al verla, como si la paz de la viejita las hubiera tranquilizado repentinamente. La más joven le acarició el rostro. Marcio seguía inmóvil. Sentía que todo era absurdo e inútil, que la vida y la muerte no eran nada, que quizá él estaba más muerto que la viejita pues ella tenía la paz que él no conseguía encontrar.

Tuvo deseos de salir corriendo y de no parar más. De agotarse hasta el infinito...

En ese instante sintió que algo caliente le quemaba las mejillas: ¡Por fin lloraba! Una mano femenina lo acarició con ternura mientras la voz suave y triste de su hermana mayor le decía: No llores Marcio, mamá está más feliz ahora.

.....

